



La Santa Sede

HOMILÍA DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II EN EL VENERABLE COLEGIO INGLÉS DE ROMA

Jueves 6 de diciembre de 1979

Hermanos e hijos en Cristo Jesús:

He venido a celebrar con vosotros el IV centenario del Venerable Colegio Inglés, para conmemorar con vosotros y vuestros compatriotas en vuestra casa los cuatro siglos, durante los cuales los jóvenes que se preparan al sacerdocio han vivido aquí la fe católica. Desde este histórico edificio de la ciudad de Roma, estos jóvenes han partido, como sacerdotes, para transmitir la fe a generaciones de creyentes de Inglaterra y Gales.

En el contexto sagrado de esta liturgia eucarística, quiero rendir homenaje a esta fe salvadora en Jesucristo y honrar a todos aquellos cuyas vidas estuvieron ancladas en esta fe, a aquellos, que manteniendo sus ojos fijos en Jesús, el Hijo de Dios, estuvieron dispuestos a confesar su fe (cf. *Heb 12, 2; 4, 14*).

La fe viva en Jesucristo ha sido la piedra angular de este Colegio y de todas sus actividades desde la época de su fundación por obra de mi predecesor Gregorio XIII en 1579. La fe de los que fueron vuestros predecesores aquí, continúa inspirándoos con el ejemplo de sus vidas. Vuestra herencia es muy grande; un completo *martyrum candidatos exercitus* honra los comienzos de vuestro Colegio, y se extiende a lo largo de todo un siglo, desde los tiempos de San Ralph Sherwin en 1581 hasta San David Lewis en 1679. Estos mártires, como supremos testigos de la fe, os hablan hoy desde esta capilla, y desde cada uno de los rincones de esta casa. Y la misma Iglesia corrobora su testimonio y os exhorta a "considerando el fin de la vida, imitad su fe" (*Heb 13, 7*).

De este modo, queridos hijos y hermanos, este momento de gozosa celebración y conmemoración solemne, se convierte en un tiempo de reflexión orante y en un día desafiante

para el resto de vuestras vidas. Como vuestros predecesores, también vosotros estáis llamados a ser sacerdotes de Jesucristo, siervos de su Evangelio, y testigos ante vuestro pueblo de la fe católica pura, tal como la transmitieron los Apóstoles, la proclamó el Magisterio de la Iglesia, y la testimoniaron los mártires y confesores de todas las épocas. Estáis llamados a manifestar vuestro testimonio cristiano en esta coyuntura histórica a través de la palabra y el ejemplo. Dios os llama aquí y ahora, en las circunstancias actuales de la Iglesia y del mundo. Cristo y su Iglesia os piden, sin embargo, afrontar el reto de esta hora, no sólo con vuestras propias posibilidades o con una mera sabiduría humana, sino con el poder del Evangelio. Con palabras de San Pablo, debéis empuñar el escudo de la fe, el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu, que es la Palabra cíe Dios (cf. *Ef 6, 16-17*). Vuestro testimonio individual y colectivo de la fe no debe ser esencialmente diferente del testimonio dado por vuestros mártires, un testimonio de la fe de la Iglesia universal, un testimonio que conduzca a los otros a Cristo, un testimonio que no ceda cuando, como nos dice Jesús en el Evangelio, venga la lluvia, se desborden los torrentes, soplen los vientos, y la casa se desplome (cf. *Mt 7, 27*).

Precisamente porque poseemos la completa armadura de Dios y estamos enraizados en la fe, nos sentimos fuertes en el Señor y en la fortaleza de su poder; pertrechados para proclamar todo el misterio del Evangelio y para dar testimonio, en el sucederse de esta generación de la plenitud de la verdad católica.

Este es el primer aspecto del reto que se os lanza hoy: *ser testigos de la fe*. Cristo os llama y os enviará por medio de su Iglesia a una misión eclesial, a dar testimonio de la fe en un lugar en que quizás nunca habíais soñado estar, y del modo que jamás habíais pensado. Así pues, debéis aprender de la historia de vuestro Colegio y, en particular, de las vidas de vuestros mártires la apertura, la disponibilidad y la serenidad. Hoy en esta liturgia, Isaías os dirige a cada uno de vosotros su profética exhortación: "Confiad siempre en Yavé, pues Yavé es la Roca eterna" (*Is 26, 4*), y yo os repito a vosotros estas palabras: Confiad en el Señor; confiad en el Señor para llevar a cabo vuestra misión de testigos de la fe, fe en Jesucristo.

Es bueno caer en la cuenta de *que también estáis llamados a ser testigos en esta generación de la vitalidad de la juventud de la Iglesia*, a ser testigos del poder y de la eficacia de la gracia de Cristo para cautivar los corazones de los jóvenes de hoy. El mundo necesita pruebas concretas de que Cristo puede atraer hacia sí mismo a esta generación: Y vosotros debéis mostrar que habéis comprendido el sentido de la vida en el contexto del amor de Cristo y de su llamada. Estáis llamados a testimoniar que, entre las mil y una atracciones y opciones que el mundo presente ofrece, vosotros habéis sido "cautivados" por Cristo, hasta el punto de abandonar lo demás para convertirlos en sus compañeros y sus discípulos, para abrazar su misión y, finalmente, su cruz; y para experimentar el poder de su Resurrección.

La consideración de nuestro ser testigos de la fuerza de la gracia de Cristo, nos conduce de por sí a lo que se encuentra en la cúspide de nuestro verdadero ser: *nuestra propia libertad*. Sólo

ejerciendo esta libertad, el gran don que Dios nos ha entregado, podremos responder adecuadamente a su invitación, a la llamada de su gracia, y al amor que nos ofrece. Este es el reto que se os presenta hoy a cada uno de vosotros: rendir vuestros corazones y vuestras voluntades a Cristo bajo la acción del Espíritu Santo, para entregaros libre, total y perseverantemente a Cristo. El Señor Jesús pide la respuesta y la entrega de vuestra libertad. Las palabras del Salmo os ayudan a responder: "Pronto está mi corazón, oh Dios, está mi corazón dispuesto" (*Sal 57, 8*).

Queridos hermanos e hijos: así pues, estáis llamados a dar testimonio de vuestra fe católica en toda su pureza, estáis llamados a ser testigos de la victoria del amor de Cristo, no como un poder abstracto, sino como algo que afecta a vuestras propias vidas y consagra vuestra propia libertad. Ciertamente éste es un momento en que todos debéis tener gran confianza. Aquel que comenzó en vosotros la obra buena —aquel que comenzó una obra buena en este Colegio hace 400 años— la llevará a cabo a través del poder de su Espíritu (cf. *Fil 1, 6*) para gloria de su nombre, honor de su Evangelio y para bien de toda su Iglesia.

Y María, la Reina de los Mártires, la Virgen Fiel, que estuvo al lado de vuestros mártires y de todos vuestros predecesores, estará con cada uno de vosotros, para que vuestro testimonio sea auténtico en fe y santidad. Ella os asistirá en la tarea que os corresponde como verdaderos discípulos de su Hijo, miembros fieles de la Iglesia y estudiosos diligentes del Concilio Vaticano II y de todos los Concilios anteriores. De un modo especial encomiendo a su intercesión el testimonio que debéis dar, en la verdad y el amor, ante vuestros hermanos anglicanos en el diálogo providencial —que ha de ser sostenido por la plegaria y la penitencia— orientado a la restauración de la plena unidad en Jesucristo y en su Iglesia.

Y así, anclados en la fe y comprometidos en la santidad de vida, tratad de realizar con alegre confianza una nueva etapa de vuestro Colegio. Sacrificio y generosidad, oración y estudio, humildad y disciplina, serán tan importantes para vuestro futuro, como lo fueron para vuestro pasado. Innumerables hombres, mujeres y niños mirarán a vosotros para encontrar a Cristo. Desde lo profundo de su ser os dirán con las palabras del Evangelio: "Queremos ver a Jesús" (*Jn 12, 21*). Como el Apóstol Felipe debemos mostrar a Jesús al mundo, a Jesús y no a un sustituto, porque no hay salvación en otro nombre (cf. *Act 4, 12*). Como podéis ver claramente, el destino de vuestra patria se halla ligado al éxito de la misión de esta institución. La aportación que debéis dar al mundo depende de cómo deis testimonio de la fe y del poder de la gracia de Cristo en vuestras propias vidas.

Mis queridos hermanos, hijos y amigos: Este Colegio, por la gracia de Dios, es, después de 400 años, tan dinámico como siempre, y lo que representa es más relevante que nunca. Y así seguirá siendo con tal que vosotros continuéis poniendo en práctica lo que el mismo Jesús os manifiesta cuando dice: Predicad mi Evangelio. Proclamad mi palabra. Haced presente mi sacrificio. Sí, sed mis testigos. Permaneced en mi amor hoy y siempre. Amén.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana